

duodécimo el de Abraham, en la misma aldea, y el décimo tercero el de Acha, en Nirba.

En tiempo de Tamuso ó Tomarso, arzobispo de Seleucia y de Ctesifonte, hacia el año 385, Abdas y sus discípulos Ebed-Jesús y Jaballaha extendieron el estado monástico en Babilonia y en la Arabia. Abdas edificó tres monasterios: el uno en Dorken, su patria, bajo el título de san Maris, el otro en Zela cerca del rio Zarzaro, que se llamó el monasterio de la Cruz, nombre que le fué dado á causa de que en el tiempo de la persecución de los Persas, y cuando estos idólatras demolían las iglesias y martirizaban á multitud de cristianos, se vió cerca de este rio un árbol que tenía la forma de cruz. Quisieron los magos ocultar este prodigio, pero no pudiendo conseguirlo, se dirigieron al gobernador del país, llamado Salibo, el cual, léjos de atender á sus quejas y de secundar su mala voluntad, hizo edificar un monasterio en el mismo paraje en que se hallaba este árbol, y Abdas reunió en él una congregación de monjes, á los cuales suministró todo lo necesario para la vida. Llamóse también este monasterio de Salibo. Abdas edificó su tercer monasterio en Baxaja, á poca distancia de Dorken.

Después de su muerte, Acheo y Jaballaha gobernaron su monasterio de Dorken, y fueron sucesivamente elevados al arzobispado de Seleucia. Este segundo es llamado por su historiador un hombre muy celoso de la disciplina regular, y que se distinguía por su probidad, por su piedad y por su ciencia. Añade que fué enviado por Abdas, su superior, á Doscora, al monasterio de Ezequiel, que estaba gobernado por el abad Abjesú, con objeto de convertir á los habitantes del país, que eran paganos, y una vez cumplida esta misión, se sintió movido por el amor á la soledad, y edificó cerca del Eúfrates un monasterio, en que se le unió un gran número de monjes, que dividió en cuatro secciones, para que se sucediesen unos á otros en la salmodia: de

modo que en este monasterio no cesaban dia ni noche de cantarse las divinas alabanzas. Los que terminaban su turno se dedicaban en los intervalos á asistir á los enfermos y extranjeros y á otros oficios de la casa. Éste fué una especie de ensayo del instituto de los ascemetas, de que hemos hablado en la vida de san Alejandro, su fundador.

Ebed-Jesús, discípulo de Abdas, nació en Mesena de una mujer de mala vida que lo expuso furtivamente en la iglesia, y que fué adoptado por los cristianos. Cuando llegó á la edad de la razón, vino al monasterio de Abdas, y después de hechos sus estudios, regresó á su país. Recibió el sacerdocio, y fundó una escuela, en que instruía en la fé y en las letras á todos los que querían asistir. Convirtió á muchos marcionitas con peligro de su vida, pues muchos de estos herejes, obstinados en sus errores, le buscaron para darle muerte. También los magos se apoderaron de él y lo apriaron; pero tanto de unos como de otros fué librado por la virtud de Jesucristo. Se refiere también de él, que con la oración multiplicó algunos trozos de pan, que bastaron para alimentar, durante diez dias, á todos sus estudiantes.

Edificó también otros monasterios, y se hizo tan célebre, que Tormaso, arzobispo de Seleucia, le ordenó obispo de Dair — Meherak; pero, viendo que nada conseguía con las gentes de este lugar, que no cesaban de perseguirle, dejó su manto y su báculo, y se retiró á una isla, en donde tuvo el consuelo de convertir á los que la habitaban. Fundó allí un nuevo monasterio, y volvió al de Hirta, que ántes había edificado. Por último, pasó á Mesena, en donde tenía otro discípulos, y murió en la paz del Señor.

El monasterio de Salibo ó de la Cruz tuvo por superior á Sabar-Jesús después de Abdas. Cerca de Bagdad existió también el monasterio de san Foción, mártir, otro de Sabibro cerca del Tigris, y otro en Hirta, llamado el monaste-

rio de Henda, hija de Naamán, rey de los árabes, que vivía á fines del siglo sexto. Había también en las montañas de la Corduena, desde el año 430, un monasterio llamado del Arca. En la misma época Juán de Cascara edificó otro en el país de los Gormienses.

Por medio de los fundadores de estos monasterios, ó de sus discípulos, se extendió la profesión monástica no solamente en la Mesopotamia, la Asiria y la Arabia, sino en la Media, la Persia, la Armenia, la Escitia, la Bactriana y la India. En todos estos países floreció la fé católica, y la Persia dió muchos monjes mártires á Jesucristo, como veremos en el capítulo siguiente, hasta que el nestorianismo infestó estas santas instituciones, como hemos hecho notar al hablar de los males que esta herejía causó en los monasterios de Oriente.

Habla Assemani, en su *Biblioteca oriental*, de algunos solitarios de los siglos quinto y sexto, que compusieron diversas obras, tanto ascéticas, como dogmáticas é históricas. Sería de desear que hubiese dado más detalles de su vida monástica; pero como éste no era su principal objeto, expondremos lo único que nos ha trasmitido.

El primero de que habla es un solitario, llamado Juán, natural de Edesa, que floreció á fines del siglo quinto. Abrazó desde su juventud la vida religiosa en un monasterio del territorio de Amida, en Mesopotamia, llamado Zucnim. El deseo de una vida más austera le movió á subir á una columna á ejemplo del gran Simeón, por lo cual es preciso ponerlo en el número de los estilistas. Dejó un monumento de literatura, escribiendo la historia de la guerra de los romanos y de los persas, bajo el emperador Anastasio y el rey Cavado, desde el año 495 hasta el de 507, dedicando esta obra á un abad llamado Sergio.

El segundo es otro Juán, natural de Apamea, que floreció en el siglo sexto, pues Teodoreto, que vivía en el quinto

no habla de él. Ignoramos el monasterio en que fué religioso; pero es de creer que fuese en alguno de los situados á lo largo del Oronte. Compuso muchas obras ascéticas, cuyos nombres cita Assemani, sin emitir juicio crítico de ellas.

El tercero es Juán que tenía por sobrenombre Saba, ó el anciano, y que floreció á mediados del siglo sexto. Nínive fué su patria, y el monasterio á que se retiró se hallaba situado al lado allá del Tigris y se llamaba Dilaita. Los sirios le tuvieron en gran veneración, y su calendario hace memoria de él en 15 de marzo. Después de haberse ejercitado en la obediencia, quiso llevar una vida más solitaria, y para ello se dirigió á una montaña escarpada, en donde no había más que bestias salvajes y serpientes, poniendo toda su confianza en Dios, é inmolándose continuamente á él por medio de la más austera penitencia.

Había un religioso que le amaba entrañablemente, y cayó en una profunda tristeza, viéndole enteramente separado del mundo, y castigando tan despiadadamente su cuerpo. Juán le escribió para consolarle, y á este religioso debemos el resumen de sus obras ascéticas, cuyo estilo y sentimientos se parecen mucho á la manera de escribir dulce y agradable de san Efrén. Tal es el juicio que de ellas formó Assemani, quien asegura que, al leerlas, se desprende que tenía un conocimiento perfecto de los deberes de la vida monástica, y que debía practicarlos con toda fidelidad.

Se distinguió por su profunda humildad, y cuando escribía á su hermano, le recomendaba que no publicase sus cartas, las cuales no firmaba con su nombre, sino con el de un animal inmundo. Tales eran los bajos sentimientos que de sí mismo tenía. Pero no queriendo su hermano que la posteridad quedase privada de sus santas instrucciones, formó un catálogo de todos sus escritos. Basta con



